

M. 55383
711/164
C 1

Martes 21 de Agosto de 1923

CASOS MATRIMONIAL

Ya tenemos un nuevo problema: el problema de la disminución de la nupcialidad.

A fuerza de oír hablar todos los días a los radicales de la necesidad de implantar y propender al divorcio, había llegado a creer que lo que sobraba en Chile eran matrimonios. Ahora resulta que faltan.

Datos estadísticos prolijos, afirman, en efecto, que el número de matrimonios permanece sensiblemente estacionario desde hace veinte años, y que ha llegado a la cifra irrisoria de 6 por cada mil habitantes, o sea un 100 por ciento menos que en Francia antes de la última guerra.

Porque aquí debe hacerse una observación aterradora. La guerra ha tenido, entre otras consecuencias, la de aumentar los matrimonios franceses hasta el término medio de quince por cada mil ciudadanos, es decir, a más del doble.

¿Cómo un conflicto mundial ha podido repercutir en la nupcialidad? ¿Cómo un derroche de energía bélica ha aumentado el amor? ¿Ha tenido, en ese punto, alguna influencia la oratoria del señor Alessandri? ¿Se han convencido, por fin, los combatientes, de que el odio nada engendra y sólo el amor es fecundo? ¿O es que el espíritu de lucha y el matrimonio se completan, y los antiguos "poilus" se casan para poder continuar en el hogar la pelea interrumpida?

Sea de ello lo que fuere, la influencia de Marte sobre Venus es un hecho comprobado por la ciencia estadística.

Ahora, nuestros sociólogos moralistas se alarman de lo que está pasando en Chile, y hablan de la necesidad de aumentar los matrimonios.

Pontificia Universidad Católica de Chile

Claro está que los que así opinan, pertenecen al régimen antiguo. Los del nuevo atienden exclusivamente, como se ha dicho antes, a que el Estado dicte leyes para disolver los pocos vínculos conyugales que van quedando en el país.

Y es que los primeros, con su eterno criterio de preferir los intereses nacionales a los individuales, aspiran al aumento de la población, en tanto que los segundos - más prácticos - comprenden que no habiendo puestos públicos sobrantes ni fondos en el erario, no tiene el menor objeto que vengan otros al mundo.

Hay injusticia, además, por parte de los moralistas, al atribuir toda la culpa de la disminución de matrimonios a la falta de espíritu cristiano.

Sin duda alguna, la moral que enseña la resignación y el heroísmo, puede influir considerablemente en el aumento de los lazos conyugales, pero hay también otro punto que tomar en cuenta, y es la cuestión económica.

Una gran parte de la población evita el matrimonio por pobreza. La gente piensa que, como lo definió cierto humorista norteamericano, entendiendo a las consecuencias demográficas, "el matrimonio son dos, pero pueden ser diez". Y la producción y la reproducción, no siempre siguen una misma escala.

Por cierto que, pobres y todo, siempre habrá hombres que se casen, aun cuando al día siguiente de las bodas no tengan qué comer.

De esto no son responsables, puesto que el Código señala entre las excepciones de responsabilidad, "el haber procedido impulsado por móviles que forzosamente han debido producir obsecación en el ánimo del delincuente", y la juventud, la belleza, el amor, tienen, entre otras ventajas, la de hacer olvidar el estudio de la lógica.

Mejorar la situación moral de la gente, es obra lenta; mejorar la situación económica, es obra que aparece, falsamente, menos lenta. Por eso se oye decir que los ministros del nuevo régimen no nuncian nuevos proyectos.

Pero la experimentación en el extranjero, - que en nuestro medio ¡tan diverso! propician, sobre todo los científicos radicales-, ha probado que la guerra aumenta la nupcialidad y, de consiguiente, acrecenta la capacidad productora.

Tenemos, pues, aún un medio salvador: provocar una guerra.

La V Conferencia no bastó: se debe auspiciar, desde ahora, la celebración rápida de la VI.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile